

la frase; que el abogado pronunciará discursos ante los tribunales de justicia y además formulará acusaciones, defensas, consultas y otros innumerables documentos; y si todo esto lo hacen en un estilo defectuoso y vulgar, con un lenguaje rebelde á la gramática, lleno de impropiedades, incorrecciones y torpezas, nadie librará sus obras del menosprecio, ni del olvido sus nombres.”

En efecto, ¿qué podrá decirse, y qué papel estarán destinados á hacer en la sociedad culta, un abogado que no sepa expresarse con propiedad, un médico que ignore la historia, un ingeniero que no pueda tomar parte en una cuestion literaria? “Fuera de las aulas y actos profesionales—agregaba el escritor á que ántes he aludido—no suele tratarse de álgebra, química, botánica ó geodesia; pero á cada instante se ofrece hablar de la comedia ó el drama nuevo, de la oda, la sátira ó la novela, siendo censurable y extraña en hombres educados la falta absoluta de noticias en tan trilladas materias.”

Sirva lo dicho hasta aquí de advertencia á los estudiantes; y procuren no dar lugar á que desagradables mortificaciones, como son las que causa la ignorancia, turben la alegría y los goces de que están llenas las vacaciones.



EL DÍA DE MUERTOS

EN MI PUEBLO.

I

RECUERDOS de la infancia; horas benditas pasadas al abrigo del techo paterno; época venturosa de la aurora de mi vida, en que no conocía yo más horizontes que los del pueblo natal, más halagos que los de mi madre, más penas que los candorosos deseos que venían á turbar mi plácida inocencia;—venid á mí y hacedme aspirar el perfume suavísimo de vuestra poesía; reanimad mi fatigado espíritu; trasportadme á aquellos lugares queridos que no ha olvidado ni olvida mi corazón, y hacedme sentir de nuevo las delicias inefables de la primera edad, junto con los consuelos de la oracion y el recogimiento! Sí; quiero mezclar á mi cándida fé, á las dulces esperanzas que se abrigan en mi pecho, el tierno recuerdo de mi pueblo y la grata memoria de sus costumbres piadosas; quiero olvidar por un momento esta vida triste que llevo, estas aspiraciones y anhe-

los que me quitan el reposo, y figurarme allá en mis montañas, en mis bosques, en mis campos nativos, rodeado de sencillos labradores que me conocieron de niño. . . .

Hoy que aquí, en la ciudad, reina el bullicio, yo suspiro por mis campiñas solitarias y silenciosas, por mis florestas esmaltadas, por las calladas márgenes del río donde sólo se oye el canto monótono del huaco; hoy, que los paseos, y las calles, y los panteones rebosan en una multitud deseosa de divertirse, de lucir sus galas, tomando por pretexto la fiesta de los muertos, yo quiero ir á recorrer con la imaginación y con el alma los pintorescos alrededores de mi pueblo, sus huertas de plátanos y limoneros, sombrías y solemnes como los recintos de un templo; quiero ir á orar, ya en la humilde nave de la iglesia, frente al modesto catafalco, ya en el florido campo-santo de la aldea, en medio de hierbas olorosas, de malvas azules, reclinado sobre una alfombra de césped bordada de pintadas florecillas. . . .

Allá otro ambiente,—puro y refrescado por los aires de la verde montaña,—otros cuadros, otros lugares, otras costumbres; aquí el polvo y la confusión, el afán de ver, el olvido de los muertos aún en medio de las tumbas;—allá la sencillez, la verdadera piedad, la naturaleza asociándose á los sentimientos de los hombres. . . .

II

Esta es la época en que el labrador recoge sus mieses y abandona regocijado y alegre los campos que ha cultivado: la vivienda que provisionalmente levantó en la falda de la montaña, y que le dió abrigo á él y á su familia, durante las tempestades del verano, va á quedar sola y deshabitada, porque ya la casa del pueblo espera á su dueño y señor, que vuelve cargado de los beneficios que Dios ha derramado sobre él.—La familia, los perros fieles, las aves domésticas y todos los habitantes de aquel pequeño mundo que recuerda los tiempos de los patriarcas, se preparan á dejar el querido albergue campestre, donde tantas horas se deslizaron sin sentir. . . . Allá está la puerta de la cabaña, allí está el rústico banquillo en que la esposa se sentaba á esperar al esposo, con su niño recién nacido en los brazos; allí está también el alto peñasco ó la pequeña colina donde ella se subía, para ver á lo lejos si regresaba ya aquel con sus instrumentos de labranza al hombro: aquí se sentaban ambos á descansar á la caída de la tarde. . . . Y más allá está el árbol de las gallinas; de un lado, el huertecillo que proveía de legumbres la frugal mesa de la familia; en el fondo del vallecito de la derecha corre el arroyuelo á donde con su cántaro en la cabeza iban las niñas por agua. . . .—Pero todo esto va ya á quedar solo. ¡Adios, pues, montañas azules, bosques silenciosos, lugares llenos de recuerdos! ¡Adios, horas pasadas al amor de la lumbre,

cuando el campesino entretenía las veladas de sus hijos con sabrosos cuentos, miéntras la lluvia y el huracan rugían afuera! Adios todos aquellos momentos, de zozobra cuando el cielo no se mostraba propicio para fecundizar los campos; de esperanza cuando las nubes anunciaban un aguacero bienhechor y una tempestad benéfica; de alegría cuando al amanecer se encontraban crecidos los arroyos, húmedas las siembras, despejado el firmamento, risueña y gozosa toda la naturaleza. . . . ¡Cuántas veces, bajo aquel pobre techo de la montaña, los labradores tuvieron dulces horas de felicidad y hallaron descanso y apacible sueño despues de las fatigas del día! . . . Pero ¡ay! estas alegrías por volver á la casa del pueblo, no son completas; hay algo que las turba y las reviste de cierta reserva: el *Día de Muertos* va á llegar pronto. . . . Todos recuerdan una historia triste, todos traen á la memoria la pérdida de un padre, de un hermano, de un amigo. . . . y ante esta idea, buscan y escogen en la montaña diversos objetos con que adornar esas tumbas queridas: ya son los últimos frutos de la huerta, ya son mazorcas tiernas del maíz sembrado cuando la milpa estaba en sazón, para tener así nueva cosecha.—Los que en esta temporada fueron á cuidar un rancho, traen tambien á su regreso mil golosinas exquisitas, pastas, quesos, dulces, conservas y mieles silvestres, pues nadie olvida lo que exige la tradicion el Día de Muertos.

III

Sin duda que las fiestas cristianas, en los pueblos pequeños, no pasan como aquí en las ciudades,—casi inadvertidas—cuando aquellas no exigen manifestaciones exteriores. Allá, fuera de los templos, todos dan señales del regocijo ó de la tristeza que les causa alguna ceremonia acabada de presenciar, todos revelan franca y sencillamente los sentimientos de que están dominados; y áun procuran sin esfuerzo comunicarlos á los demás, hallar eco en ellos, uniformar su manera de expansion: de aquí que en las reuniones de las familias sea fácil descubrir desde luego el espíritu que las preside. No sucede lo mismo en los grandes centros de poblacion, donde todo se pierde y se confunde: aquí es necesario que la fuerza de una costumbre y los usos que la tradicion ha sancionado, vengan á imprimir carácter á las fiestas del pueblo.—Así se ve, por ejemplo, que en ciertas aldeas, la Semana Santa produce en los habitantes una religiosa tristeza, una melancolía natural y apacible, señales del recogimiento de espíritu, y la Noche Buena les trae con igual intensidad la alegría más profunda y verdadera, el regocijo más infantil y candoroso; en tanto que en las ciudades estos sentimientos desaparecen mezclados al bullicio y á la fiebre de divertirse.

En las aldeas, donde se mantiene vivo y es más espontáneo el sentimiento religioso, esta fiesta de los Muertos tiene una manifestacion tierna y conmovedora; se liga á las más íntimas

y hondas afecciones del alma; porque allí donde todos forman como una sola familia, ¿quién no ha sufrido el dolor de perder á un sér querido? ¿quién no tiene una sepultura que regar con lágrimas? ¿en qué corazón no ha penetrado el frío que se siente cuando se oye caer lúgubrementemente la tierra sobre las tablas del féretro? . . . — ¡Ah! el día de Difuntos! . . . ¡qué recuerdos tan dolorosos se levantan del fondo del alma ante esta palabra! ¡qué sucesion de tristes reflexiones, de melancólicas memorias, de renovadas heridas, calmadas ya por el tiempo ó por el bálsamo de la resignacion! — La muerte, cuando elige una víctima, no la hiere á ella solamente: hiere tambien á todos los que la aman, á los que la rodean, á los que conocen sus virtudes y se sienten bien con su amistad; por eso en este día los que viven al abrigo del mismo valle, los que habitan un mismo lugar, los que trabajan y cultivan los mismos campos, recuerdan á todos los que no pueden ya ocupar su asiento en el modesto banquete del día de Todos Santos; ya son el compañero de trabajo, el amigo de la infancia, el que vivía en la *casita de arriba* ó el que sembraba en tal cañada, los que faltan esta noche; ya es la venerable abuela ó el amable anciano, que no pueden responder al llamamiento de sus nietos ni acallar sus llantos con caricias; ya es la tierna esposa que dejó en luto un hogar, y en él huérfanos y desamparados á sus hijos; ya es, en fin, la cándida y amorosa doncella que se huyó al cielo, y que era en otro tiempo la gala del pueblo, la joya de sus padres, el encanto de los niños y la dulce esperanza de

su amante. . . . ¡Todos descansan ya en el seno del Señor, y exigen de sus deudos y amigos recuerdos y oraciones, piadosas ofrendas y lágrimas de gratitud y de cariño!

IV

En los hogares del pobre, en las calles y plazas de mi pueblo, en los senderos que conducen á la huerta y á la montaña, hay, ántes de llegar el Día de Muertos, un movimiento inusitado y extraordinario: diríase que se prepara una gran fiesta en la cual deben tomar parte todos los corazones. Por donde quiera se ven ramos y coronas de flores, cirios de blanquísima cera, tiendecillas donde se venden frutas secas, pan blanco sin levadura salpicado de manchitas rojas y azules, *toqueres* de maíz y pastas dulces de leche, para las ofrendas que deben ponerse en los sepulcros el día 2 de Noviembre: el ambiente se perfuma con las rosas y esencias traídas de los bosques, y en el átrio de la parroquia, en las puertas de las casas, enormes ramas verdes indican que allí va á rendirse culto á la memoria de algun muerto. No se ve en todo esto un solo adorno de lienzo; y al observar tales preparativos parece que los bosques, las selvas, los árboles, la naturaleza entera, envían á las familias aquellas galas de que se despojan, y con las cuales quieren que se adornen únicamente las tumbas de los que fueron sus hijos y sus amigos predilectos. . . .

Entre tanto, levántase en la humilda nave de la iglesia el catafalco para la misa de difuntos:

monumento fúnebre, triste y severo; que servirá para avivar más y más en los corazones de los asistentes el fervor piadoso y la unción de que han menester en sus oraciones. . . .

Llega el día 2: el olor de la cera; las rosas de los campos; los colores de algunas, vistas este día solamente en los altares, y sobre todo, los ornamentos negros con que oficia el sacerdote y los oscuros paños de que está revestida el ara, dan á las ceremonias de este día una expresion de tristeza indefinible. Todos callan y rezan, inclinado el cuerpo, lloroso el semblante, atentos sólo á los pensamientos que se agitan en su mente: van con su oracion hasta el trono de Dios, y allí ruegan por personas amadas, cuyos nombres no se atreven los labios á pronunciar, temerosos de que se desaten con estrépito las fuentes de las lágrimas. . . . Hay momentos en que solo se oye el chisporroteo de la cera, la llama de los cirios que se agita al impulso de un aire sutil, el murmullo que allá en el átrio forman los que no han entrado al templo. . . . La voz del sacerdote turba este silencio, y saliendo los fieles de su honda meditacion, les parece ver entre las nubes del blanco y oloroso incienso la imágen de la Religion que los consuela y los llena de esperanza. . . . ¡Dichoso momento en que una voz secreta les dice que sus ruegos han sido oídos! . . .

Tal es la misa de finados en la iglesia de una aldea: toda de recogimiento, de dulce tristeza, de penosos recuerdos mezclados de cierta piadosa resignacion, que lleva al alma el celestial rocío de la fé, y que la alienta y la fortifica.—

Mas no termina con esto el homenaje tributado á los muertos: para ver cómo aman los campesinos la memoria de sus deudos, hay que salir de la iglesia y observar todo lo que hacen en la intimidad de sus hogares y en las tumbas del campo-santo.

V

Las ofrendas: hé aquí la costumbre que da un carácter particular al Día de muertos en mi pueblo. Aquellas velas de limpia cera, aquellos panes en forma de muñeca, aquellas coronas, aquellas pastas exquisitas que durante seis días han estado expuestas en las tiendecillas de la plaza, van á depositarse sobre los sepulcros del cementerio,—de tal manera, que cubierto el banco de mezcla con un paño de algodón finísimo, toma el aspecto de una mesa cuidadosamente preparada, llena de los más ricos y delicados manjares. Allí se colocan tarros de almíbar, tazas con miel de panales silvestres, panecillos de maíz tierno azucarados y perfumados con canela, flores, conservas, vasos de agua bendita y cuanto de más fino puede fabricar en su casa la madre de familia: es el banquete que los vivos dan á los muertos. . . .

Desde las tres de la tarde, en que la campana de la parroquia comienza á *doblar*, triste y lentamente como son siempre los *dobles* en los pueblos, las familias salen de sus casas y se dirigen al campo-santo, ó al átrio de la iglesia, donde también hay algunas tumbas. Allí recorren las callecitas que éstas forman; y viendo

las cruces (no los nombres ni los epitafios, porque no los hay) recuerdan el lugar donde descansan sus parientes ó amigos. . . . Colocan en seguida los objetos que llevan para la *ofrenda*, se encienden los cirios, se arrojan sobre ésta algunas gotas de agua bendita, y poco despues sólo se oye en aquel recinto de la muerte el murmullo de las oraciones que se elevan al cielo. . . .—Así pasa la tarde: ni la curiosidad, ni el afan de ver, ni otro pasatiempo profano, distraen la atencion de los pobres campesinos, que recogidos en el santuario de sus recuerdos íntimos, rezan y suspiran con tierna y honda tristeza.

Cuando las sombras de la noche los arrojan de allí, trasladan las *ofrendas* al interior de las casas. Se renuevan las luces, se improvisa uno á modo de altar, y colocados en él los objetos que ántes estaban sobre los sepulcros, comienzan otras oraciones y otras tristezas.—No es raro ver en lo alto de un árbol del bosque, ó en un sitio retirado y solitario, una lucecilla que arde á pesar del viento de la noche: es la *ofrenda del ánima sola*,—es decir, de la que en el pueblo no tiene ya ni un pariente, ni un amigo que la recuerde y le adorne su sepultura. Un panecillo y un pequeño cirio, y una oracion que se rece por ella,—hé aquí lo que cada familia dedica al alma de aquel desconocido.

De este modo honran las pobres gentes de mi pueblo la memoria de los muertos.



EL PERIODISMO.

I



A prensa! ¿Quién no ha oído alguna vez los pomposos elogios que de ella han hecho muchos hombres notables de nuestro tiempo? ¿Quién ignora las entusiastas frases que los trabajos del periodismo han inspirado á poetas y oradores, á políticos y estadistas?—Su influencia, universalmente reconocida, no se detiene ante ningun obstáculo: todo lo estudia y analiza, lo examina y lo discute; todo cae bajo su mirada investigadora y penetrante. Los gobiernos la temen: la halagan unas veces, y otras desconfían de que extravíe los sentimientos del pueblo, ora haciéndole comprender sus derechos y sus verdaderos intereses, ora poniéndole á la vista secretas faltas é imperdonables ligerezas; ya animándole á las luchas que exigen el decoro y la dignidad, ya inspirándole ódio hácia los que son sus perseguidores y verdugos. De aquí que estén siempre atentos á sus exigencias é indicaciones; de aquí que se tome en cuenta su sentir, y se estudien y discutan sus

consejos; de aquí, por último, ese empeño decidido en ahogar su voz cuando sólo reinan el abuso, la ambición desenfrenada y la arbitrariedad.

La prensa, mejor que ninguna otra cosa, refleja fielmente los sentimientos y aspiraciones de una sociedad, sus vicios y sus flaquezas, sus virtudes y sus costumbres. En ella encuentran eco todas las nobles y generosas ideas, todos los benéficos y grandes propósitos. Presta su apoyo á la pobreza y la indigencia, anima á los que luchan sin esperanza, investiga las necesidades de los pueblos y se interesa en su progreso y en su bienestar. Busca y señala los medios para que la industria se perfeccione, se ensanche el progreso y prospere la agricultura; contribuye con su estímulo halagador al adelanto y lucimiento de las bellas artes y de las letras; se regocija con las fiestas y triunfos del trabajo, y de igual manera participa de las alegrías y de los pesares del pueblo. En una palabra, la prensa es sin duda el centinela más avanzado de la civilización moderna, la que puede anunciar á la sociedad los peligros que la amenazan y señalar el origen y la raíz de que provienen. ¡Cuánto bien puede hacer, si está dirigida por un criterio sano y juicioso, por una conciencia recta y honrada! ¡Cuántos males puede evitar con sus consejos, con su prevision; y qué impulso tan eficaz puede imprimir á las obras de la verdad y de la justicia! Es el vehículo más á propósito para la propagación de un buen principio, para que éste circule entre las masas, y para que todos le den acogida en sus hogares.

Animada la prensa del noble deseo de decir siempre la verdad, sus palabras deben tener siempre el sello de la sinceridad y la franqueza, sin que nunca las pasiones vulgares ni las preocupaciones influyan en los juicios que tenga que formarse de las cosas: sus críticas deberán inspirarse constantemente en los preceptos de la imparcialidad y la justicia, procurando en todos los casos corregir y enseñar, estimular y prever. Porque hay algo de augusto, de generoso y elevado en la misión del periodista: está éste colocado, por decirlo así, en cierta altura que domina la sociedad, y desde la cual ve los sucesos, los errores, los vicios y pasiones que se agitan en su seno, semejantes á las tempestades que se desatan sobre el mar. El periodismo es entónces como roca inamovible que sirve de baluarte al escritor público, para que en él pueda hacer con calma sus observaciones, y ver lo que no ven los demás. Su deber ha de consistir en conjurar los peligros, en señalar el mejor camino, en predicar la concordia y aconsejar la fraternidad. —Por lo demás, ya se deja entender que el lenguaje de la prensa debe ser digno y caballeroso, propio de todo magisterio llamado á ejercer influencia en la opinión y en los sentimientos de las masas. En sus palabras debe verse la voz de la verdad, y no la de las pasiones humanas; la del deseo de hacer bien, y no la de la injusticia y de la maledicencia; pues sólo así estarán revestidas de una autoridad que nada podrá destruir.

II

El periodismo en México, á mi juicio, se halla desde hace algunos años en un estado completo de decadencia, digno por muchos títulos de lamentarse. ¿Qué se han hecho aquellos atletas vigorosos de nuestra prensa, Pesado, Roa Bárcena, Portilla, que desde las columnas de *La Cruz*, *La Sociedad* y *La Iberia* ilustraban todas las cuestiones con calma y caballerosidad notables? ¿Qué fruto ha dado el ejemplo de estos escritores, que siempre respetaron á sus adversarios, tuvieron un estilo moderado y noble, y se retiraron del palenque sin dejar una sola enemistad?

Comencemos por reconocer que todos los que hoy se dedican en México al periodismo, con raras y honrosísimas excepciones, no tienen formada una idea exacta de lo que es y debe ser su constante objeto: pocas veces entran á esta carrera llevando un escogido caudal de conocimientos y de buen sentido, de observaciones atinadas y de estudios prácticos de la vida social.—Creer unos que con hablar mal siempre del Gobierno, con ensalzar la Constitución y las Leyes de Reforma, con criticar todos los hechos que caen bajo su dominio, se cumplen los primeros y principales deberes del periodista. Creer otros que es preciso elogiarlo todo, para halagar y complacer á los poderosos, en debida correspondencia á beneficios y empleos que de ellos reciben; que las cuestiones más áridas y trascendentales para los intereses de la

patria, deben tratarse con ligereza y desenfado, á fin de que el público vea que un periodista sabe más que un diputado, y que resuelve las cosas más pronto que el Congreso; en fin, que basta censurar y elogiar como y cuando conviene, para hacer del periodismo el eco de la opinion pública.

¡La opinion pública! ¿Cuándo la prensa se inspira en ella? ¿qué ocasiones procura ajustarse á sus exigencias, á sus necesidades, á sus deseos, traduciendo claramente sus varias manifestaciones?—Unas veces reprueban los periódicos lo que todo el mundo aplaude; conviértense otras en órganos de intereses particulares, sin atender á la utilidad ni al buen nombre de la sociedad en que viven; ya los vemos empeñados en sostener discusiones inútiles, olvidándose de cuestiones de positiva importancia; ya se entretienen en asuntos que sólo pueden tener atractivo para determinado número de individuos. Además de esto, el estilo que emplean algunos periódicos es altamente inconveniente y perjudicial al crédito mismo de la prensa. Las discusiones pocas veces siguen un orden natural y lógico; pocas veces tienen un buen fin, pues cuando los contendientes empiezan á irritarse, comienzan también á dejarse guiar por la mala fé, y truncan las frases de su contrario, alteran sus conceptos, interpretan de distinto modo sus ideas; y concluyen por insultarse mutuamente si les falta ya la razon. Muestran empeño en sacar á luz el nombre y las opiniones políticas y religiosas de cada uno, como si fuesen parte esencial para la polémica; y de aquí las faltas de caballerosa leal-

tad que tantas amarguras traen á la vida del periodismo.

A estas hay que agregar las escaseces, las mortificaciones y los compromisos en que muchas veces se ven envueltos los que se dedican á aquella profesion. Los amigos del escritor le rodean y le exigen que hable en éste ó aquel sentido de tal asunto, sin consultar para nada su opinion particular ni atender á lo que prescriben el sentido comun ó el buen gusto. Y lo más curioso es que aunque quiera complacer á todos, jamás logra dejarlos satisfechos.—Algunos hay tan débiles, que abdican con frecuencia de su libertad de pensar, que escriben lo que no sienten, y que emiten sus opiniones conforme al gusto y dictámen de personas extrañas, ó bien para no herir las susceptibilidades del amor propio y conquistarse simpatías, ó bien para no exponerse á futuras críticas y tener más tarde derecho de cobrar en recompensa determinado número de elogios. Pero los que hacen esto, se olvidan del desprestigio que semejante sistema puede traerles y de la perniciosa influencia que sus palabras pueden tener en el criterio del público. Lo extravían y lo engañan, y lo obligan muchas veces á juzgar sin acierto.

Conviene, por lo mismo, que los escritores públicos mediten en la importancia del papel que desempeñan en la sociedad: es honroso y elevado, y deben, por esta razon, hacerse dignos de él, ennoblecerlo con sus trabajos y vestirlo de la mayor decencia y caballerosidad. Nunca es bueno descender al terreno de la diatriba y del insulto personal, porque esto, léjos

de traer el triunfo en una polémica, de ser útil y conveniente, denota sólo carencia de razon y de sentimientos generosos. Las discusiones de la prensa deben ser tranquilas y serenas, nunca apasionadas ni ardientes. Nada hay tan bello como estas batallas del entendimiento, en que la victoria corresponde al que la merece, por haberla buscado con la luz de la lógica, de la verdad y de la justicia.

